



Hannah Arendt Lo que quiero es comprender

Sobre mi vida y mi obra
EDITORIAL TROTTA

EXISTE algo en Arendt que nos recuerda las aporías de una teoría política que vive de la tradición y que es remisa a asimilar los logros de la modernidad. No es desencanto, ni tampoco pesimismo, sino el recuerdo tenue de lo que se ha ido perdiendo. En *Lo que quiero es comprender* uno no asiste sólo al desvelamiento de una personalidad apasionada por ese ámbito en el que filosofía y política se contraponen y luchan, cada una reivindicando sus derechos, sino también descubre el camino interior de una mujer que vivió en un momento histórico fértil en tragedias pero también adecuado para la reflexión. En el tiempo en que el hombre bordea los límites de la propia humanidad, Arendt recuerda que el mal absoluto no existe y que lo que cubre esa máscara diabólica de los totalitarismos no es más que la maléfica superficialidad de unos burócratas que meramente cumplían órdenes.

Más allá de la tesis sobre la banalidad del mal —que nos sitúa cara a cara con nuestra propia debilidad moral—, su reportaje sobre el caso Eichmann escandalizó porque denunciaba la complicidad y la traición de los propios funcionarios judíos. Así es entendido este asunto por la propia Arendt en la carta a G. Scholem que se recoge en este volumen autobiográfico. No se trata de una exculpación, sino de los intentos de una pensadora por hacerse entender en el contexto de los medios de comunicación de masas.

Nunca fue sionista en sentido estricto, por más que ayudara en momentos cruciales a las organizaciones de expatriados, por ejemplo, pero tampoco negó su pertenencia al judaísmo. Fue judía, afirma, cuando había que serlo, en el momento en que caía un espada de Damocles sobre la identidad de su pueblo. Pero ella, que se asentó en otra tierra y que vivió en universos culturales tan diferentes, no podía ser amenazada por la tentación de la identidad.

Tal ver por todo ello, Arendt, que supo descubrir la peligrosa mezcla entre lo político y lo social, no logró nunca estar cómoda en los escenarios de la opinión pública, más tendentes a promocionar el consumo que a profundizar sobre el ejercicio de la responsabilidad y la libertad política. Porque, como explicaba en *La condición humana*, el surgimiento de lo social en los intersticios de lo público y lo privado transformó e invirtió los conceptos, hasta el punto de que provocó la homogeneización de la pluralidad constituyente de la política.

Habermas achacó a Arendt su anacronismo, su tendencia a idealizar el pasado grecolatino y su incapacidad sociológica, por decirlo así. Pero a nadie se le oculta que la degeneración de la política práctica tiene relación con la denuncia de la pensadora judía. Y Arendt nunca dio su brazo a torcer; es más mantuvo una concepción normativa de la política que la emparenta con la creatividad cultural del hombre, con la posibilidad de lo nuevo. En un encuentro con amigos y colegas en Toronto, cuya transcripción se recoge también en este volumen, Arendt vuelve a recordar el entrelazamiento de la acción con la palabra y con el ámbito de lo contingente, de lo que es inaprensible por naturaleza y contrario a lo apodíctico. Hacer

HANNAH ARENDT, *Lo que quiero es comprender. Sobre mi vida y mi obra*, traducción de Manuel Abella y José Luis López de Lizaga, Trotta, Madrid, 2010, 304 pp. ISBN: 978-84-9879-181-5.



una teorización sobre ello no es más que provocar la desnaturalización de una esfera propiamente humana.

Se transcriben también en este volumen las entrevistas televisivas concedidas por Arendt. En la primera de ellas se esfuerza por separar y contraponer el ámbito de la teoría y la filosofía especulativa con el de la acción y la praxis. Lo que dice no es nuevo, en efecto, pero revela la tensión que recorre la historia del pensamiento y que, en la actualidad y debido a cierta especialización, ha terminado por olvidarse. Es una tensión vivificante y regeneradora, por otra parte, que recuerda los límites de lo pensable y la riqueza del mundo. De ahí que sea tan importante para la pensadora alemana la comprensión. La segunda de las apariciones televisivas incide en el carácter flexible de la comprensión del mundo humano, lo que hace a Arendt rechazar cualquier ismo.

Si algo tuviera que resumir la obra arendtiana, sería a mi juicio su acertado análisis sobre los problemas de la tecnificación política. En este camino la han seguido, por cierto, muchos autores, cuyas aportaciones difícilmente se entenderían sin la simiente de la pensadora alemana, lo reconozcan o no. Fue crítica con la sociedad de masas y con la vertiente tecnológica de un poder político que se adentraba en los rincones más íntimos de la supervivencia humana. Y alertó sobre la pérdida que conlleva la uniformidad de una sociedad igualitarista, al estilo de Tocqueville. Frente al mundo de lo burgués, en el que los sujetos permanecen centrados en intereses egoístas y materiales, modeló la figura del ciudadano basándose en la tradición griega y romana y la necesidad de la virtud cívica. Ello ha llevado a algunos a proponerla como una pensadora afín al republicanismo, pero sin duda ella habría obviado las etiquetas.

También habría que destacar la relevancia que en su obra adquiere la categoría de pluralidad. En este sentido, ésta es la piedra angular de la filosofía política, que más que tender al igualitarismo cultural, debería respetar y profundizar en las diferencias. Quizá por ello mismo su obra sea un revulsivo frente a la ideologización de la política contemporánea, que tiende a contraponer el nosotros y el ellos como base de su dinámica. La radicalidad novedosa de la vida, la pluralidad del mundo —como categoría distinta de los objetos naturales y los técnicos— son también otra forma de reivindicar la naturaleza cultural propia del hombre. No hay que dudar de que estas cuestiones hacen de la obra de la pensadora alemana un ámbito especialmente fecundo para la especulación contemporánea.

Lo que quiero es comprender recoge, además de las cartas y las explicaciones a su obra, ya sea en entrevista televisadas como en encuentros intelectuales, la correspondencia de Arendt con los Jaspers. Karl Jaspers fue, para ella, no sólo un referente intelectual, sino también quien pudo atestiguar su coherencia biográfica. En su escritura epistolar se descubre la necesidad del hombre por mantener vivos sus orígenes y Jaspers es, pues, el puente que enlaza la cultura propia con la extraña, el que permite, en resumidas cuentas, la continuidad vital. Para Arendt que, como indicábamos apreciaba en un alto grado los orígenes culturales, esto debía ser una cuestión importante. Además de ello, las cartas son también un testimonio de la vida cultural y política de EE.UU desde los años cuarenta y son de un inapreciable valor histórico para ponderar las vicisitudes de los expatriados alemanes, de aquellos que buscaron refugio en una cultura nueva, pero que no pudieron renegar de la tradición continental ni del imaginario filosófico alemán. Por cierto, se incluye una bibliografía completa de la obra de Arendt en castellano, realizada por Agustín Serrano de Haro.

José María Carabante